

Cierta vez y a propósito del cuentista Julio Ramón Ribeyro, n. 1929, el poeta Wáshington Delgado, n. 1927, puso en jaque la legitimidad de la etiqueta ‘generación del 50’: “No se publicó ningún libro importante, no apareció ninguna revista independiente, no hubo cambio político importante. Esto del 50 es algo inexplicable”. No fue el primero ni el último a quien incomodaba el marbete. El narrador Eleodoro Vargas Vicuña, n. 1924, me decía: “No hay generaciones, qué cosa cosa. Todos estamos solos, nadie salva a nadie. Lo que hay es amigos, hermanos, eso sí”. Y un *junior* de la familia, el poeta Pablo Guevara, n. 1930, ha confesado alguna vez: “Yo tengo un problema con esa generación. Personalmente no me considero parte de ella. Sin embargo soy el menor de ella y, de algún modo, yo era siempre el muñeco de palo ... los frecuentaba, los veía, los oía discutir, pero yo no participaba mayormente de eso ...”.

A los ojos de alguien como yo, que no escribió un poema, un cuento, un ensayo y a quien el azar benévolo hizo espectador de privilegio, por venir de nombres ya instalados en la galaxia literaria del Perú del siglo XX tales posturas, que no cabe tildar de apostasía, son materia opinable. Otros escrúpulos están en juego. Revelan, imagino, prudente cautela y es usual toparse con evasivas análogas en otras latitudes. Por lo que se sabe, a los convictos del noble oficio, narradores, periodistas, poetas, dramaturgos, ensayistas, no les conmueven taxonomías de lujo ni les embriaga ser una uva más del racimo. Y, con toda razón, no soportan verse, como en un corsé rígido, encasillados en una frase hecha.

¿QUÉ ES UNA GENERACIÓN?

‘Generación del 50’ sueña a frase hecha, claro. Su núcleo es un vocablo comodín, vago y carente de peso específico, facilón y pegadizo. Hablamos de ‘generación’ y aludimos al *Sturm und Drang* de 1770 de Goethe,

La generación de los 50

WÁSHINGTON EN EL RECUERDO

Carlos Aranibar

*Hace tiempo sé que Wáshington fue, es, un gran poeta.
Es decir, un mago que fabrica esas voces secretas y de extraño prestigio
que mudan la soledad y la melancolía en belleza y en fulgor, esos acordes
y trozos de música verbal que, chocando entre sí, desprenden
lascas que estallan en chispas de bondad y arrobo
capaces de derrotar al tiempo.*



Sentados de izquierda a derecha: Oswaldo Reynoso, Víctor Ponce, Carmen Pimentel, Antonio Peña Cabrera, Carlos Aranibar, José Portocarrero. Parados: Alfredo Castellanos, Oscar Franco, Aníbal Quijano, Wáshington Delgado, Raúl Peña Cabrera, Felipe Rivas Mendo, Willy Pinto, Manuel Velásquez y Víctor Li Carrillo.

Herder, Lessing, Klopstock o a los compositores románticos de 1830 Schumann, Mendelssohn, Liszt, Chopin, Brahms. A los escritores españoles ‘del 98’ Ganivet, Unamuno, Machado, Jiménez, Azorín, Baroja, Valle Inclán o a los poetas ‘del 27’ Salinas, Alberti, Guillén, Lorca, Aleixandre. A la ‘generación perdida’ o *roaring 20’ generation* de Stein, Fitzgerald, Hemingway, Putnam, Anderson, Pound, Dos Passos o a la floración artística dominicana de la ‘década mágica’. Al clan hirsuto de los *beatniks* protestones de Kerouac, Ginsberg, Corso, Burroughs o a la pléyade académica sanmarquina ‘del Centenario’ de Porras, Basadre, Sánchez, Luna

Cartland, Abastos, Leguía, Vegas. Etcétera.

Desde su rincón sapiente, el *Diccionario* de la Academia nos brinda la acepción esperada: “Conjunto de personas que por haber nacido en fechas próximas y recibido educación e influjos culturales y sociales semejantes se comportan de manera afín o comparable en algunos sentidos”. No viniera mal si viniera sola. Pero la acompaña otra definición menos elitista y más volátil, “Conjunto de todos los videntes coetáneos. La generación presente, la generación futura”, que aunque huele a axioma de Perogrullo no pasa, en un lexicón, de pecado venial. Por último, la voz, con su ordinal preciso,

corretea con sana libertad lo mismo en los oscuras selvas de la genética y de la biología que en los humildes predios de los artefactos electrodomésticos, la informática y el PC.

Sin embargo, ¡cuán fácil es advertir de inmediato —y cuán difícil salvar— el foso que distancia a dos generaciones! Es algo que se aprende sin maestro, como la prosa del señor Jourdan. Un día en la casa-biblioteca de Raúl Porras hablaba Mario Vargas Llosa con ardor elocuente del estilo de Borges, *non plus ultra* de sus años juveniles. Quiso reforzar el argumento y, abriendo un volumen que llevaba entre manos, leyó sin más glosa que sus énfasis de buen lector un par de

párrafos elegantes y airosos del prosista argentino. Sin parpadear se levantó Porras de su sillón habitual, tomó de algún anaquel un libro de Ortega y, a su turno y sin más comentario que su voz vibrante y cálida de lector magnífico, leyó un pasaje rotundo, creo que del arte venatorio. Eran, qué duda cabe, generaciones distintas.

Así, la paradoja, como le ocurría a san Agustín cuando ansiaba explicar la noción de ‘tiempo’, es que todo el mundo sabe qué cosa es una generación, pero nadie es capaz de definirla —quizá porque no vale la pena hacerlo.

GENERACIÓN E HISTORIOGRAFÍA

La idea de generación como herramienta de análisis histórico es antigua. Sin exhumar planteos arcaicos y de niebla, como las 42 generaciones de Abraham a Cristo (Mat. I: 17) o los “cien años por cada tres generaciones” de Heródoto (*Euterpe*, CXLII) se la halla en escorzo a fines del siglo XVIII en Jean-Louis Giraud, que secciona períodos de 15 años. En el XIX afinan la silueta el positivista Auguste Comte (1830-42) y, tras su huella, John Stuart Mill (1843). Leopold von Ranke (1854) aborda el asunto en modo cripto-místico y sitúa a cada generación a igual distancia de Dios, en tanto que Justin Dromel (1861) sugiere ciclos de 16 años. Más profundo, explora el tema Wilhelm Dilthey (1865) sin fiarse mucho de cronologías o plazos. El erudito Gustav Rümelin (1875) apuesta por los 35 años. Antoine Cournot (1872), Giuseppe Ferrari (1874) y Ottokar Lorenz (1886) vuelven a la terna generacional por centuria, como si cansado de girar en círculo retornase el uroboros al viejo cálculo herodotiano.

Ya del siglo XX son los trabajos de François Mentré (1920), de Julius Petersen que abre vías fecundas y Wilhelm Pinder (1926), de Karl Mannheim y Eduard Wechsler (1928), de Emil Ermattinger (1930), de Engelbert Drerup, Eugène Cavaignac y José Ortega y Gasset (1933) y de Yves Renouard (1952),

hasta los enfoques sociológicos de Gérard Mauger (1986), Pierre Bordieu (1988) o Enrique Martín Criado que, echando por la borda el holismo y la ciencia infusa, analizan más bien conjuntos pequeños y mejor tipificados, ‘cohortes’, ‘fracciones de clase’, ‘grupos de edad’, en función de la dinámica social que los produce, limita y diferencia. Ni han faltado críticas severas a la idea misma de generación, como las ya clásicas de Benedetto Croce (1917), Johan Huizinga (1929) o Pedro Laín Entralgo (1945).

En España y Latinoamérica, mejorada y puesta en valor por su discípulo Julián Marías (1949), ha gozado de rara fortuna la versión del talentoso Ortega y Gasset. Su entusiasmo y facundia le impulsaron a convertir la generación en “unidad cultural” *objetiva*, en “órgano visual en que se ve en su efectiva y vibrante autenticidad la realidad histórica” y en “la única medida capaz de articular el acontecer histórico en un flujo continuo”. Por esta sibilina revelación Ortega, que por norma enfatizaba todo cuanto decía, brioso echó a rodar una atractiva entelequia meta-histórica: la generación como “compromiso dinámico entre masa e individuo... el concepto más importante de la historia y, por así decirlo, el gozne sobre el que ejecuta sus movimientos”. A la hora de bajar de las alturas y afinar medidas, como en un eco tardío del pionero francés Giraud, propuso una vigencia de 15 años y, en grácil y hechiza taracea de lo afín y lo próximo, como cuota de matrícula en cada casillero fijó el año de nacimiento de cada personaje. En su momento, el uso mecánico de la cómoda receta orteguiana produjo en el papel algunas bizarras periodificaciones, que no han soportado el paso del tiempo. Con todo y eso, por más que la idea de generación como categoría de análisis histórico ya perdió crédito, con franca conciencia de sus límites ha rendido fruto en la historia de las artes plásticas y de la literatura. En España y en la América latina se habla algo menos de

LIBROS & ARTES

WASHINGTON DELGADO 1927 - 2003

Había nacido en el Cusco el 26 de octubre de 1927, pero era medio limeño pues había venido a la capital del Perú a muy corta edad. Dedicado a la literatura, su perfil más conocido fue el de poeta. Desde 1951, cuando apareció su libro *Formas de la ausencia* hasta 2003, cuando se publicó en Barcelona *Cuán impunemente se está uno muerto*, fue perfeccionando la variedad de su poesía, de la que puede decirse que alcanzó temprana madurez y que logró un virtuosismo a través de muy variados tonos. Los libros más importantes que escribió como lírico son *Para vivir mañana* de 1959, *Parque* de 1965, *Destierro por vida* de 1969, *Un mundo dividido* de 1970, *Reunión elegida* de 1988, *Historia de Artidoro* de 1994. Profesor de estirpe humanista, Delgado sabía ganar el afecto de numerosos alumnos. Tal vez pensando en ellos es que escribió dos enjundiosos volúmenes de historia literaria, uno consagrado al periodo colonial y otro al periodo republicano. Otras de sus preferencias era la literatura española. Particular atención le mereció el siglo de oro. Entre toda esa gama de autores tuvo fidelidad por Cervantes, Lope de Vega y Quevedo. Pero su canon personal era muy diverso: incluía autores griegos y latinos, poetas como Bertolt Brecht, Pedro Salinas, Jorge Guillén, César Vallejo, Antonio Machado.

Dueño de una prosa de resabios clásicos, Delgado dejó desperdigados en revistas numerosos artículos sobre sus autores favoritos y también un manojito de cuentos que aguardan su publicación, de los que apenas tiene noticia el público lector. Menos conocida todavía es su afición por el teatro, profunda y sagaz. Washington Delgado fue actor en su adolescencia y conservó la atracción por las tablas en su corazón.

Fallecido el 6 de setiembre de 2003, Washington Delgado, recibe ahora el homenaje de un puñado de escritores y amigos que lo apreciaban y querían y que leen y releen sus escritos, considerándolos algo de lo más valioso de la literatura peruana de hoy.

escuelas y algo más de generaciones de escritores.

LAS GENERACIONES DEL 50

Cómo no, sí hubo en la década de 1950-60 una generación literaria en el Perú. Que, aparte mil menciones, ha merecido un estudio penetrante, polémico y quizá exhaustivo de uno de nuestros mejores novelistas, el consagrado Miguel Gutiérrez. Pero ha de ir con tiento quien busque, en un marco geográfico-cultural más amplio, lo que tuvo de específico y propio aquella generación.

El admirado poeta Juan Ríos Rey, a los 22 años voluntario de las brigadas en la guerra española e involuntario coleccionista de premios nacionales –2 de poesía, 5 de teatro– y *causeur* espléndido, me contaba de dos apasionados *fans* del español Ortega que discutían con calor las virtudes y defectos de su ídolo sin lograr acuerdo en nada, hasta que por fin cayeron en la cuenta: uno, hablaba del famoso ensayista Ortega y Gasset y el otro, del famoso torero Domingo Ortega. ¿Algo así le ronda a la frase ‘generación del 50’? Aun si de ella excluimos las artes y las ciencias coetáneas y no nos movemos del círculo literario, en el Perú la llenamos de sentido y componentes peruanos. Mas a poco de cruzar fronteras, como cribada por aduanas abusivas, asume valores nacionales en cada país de habla castellana y, como es obvio, sus miembros son en cada caso distintos. Larga lista, inútil y tediosa, haría la sola mención de los escritores de la ‘generación del 50’ en la Argentina, en Chile, Costa Rica, Cuba –‘la generación de la revolución’–, Ecuador, España, Honduras, México –‘la generación comprometida’–, Nicaragua, Paraguay, Puerto Rico y muchos otros países cuyos registros literarios identifican y exaltan su propia ‘generación del 50’. Vistas en una óptica más audaz, el sentido común sugiere fundir todos aquellos flujos locales en una sola gran marejada de época, que con más justicia cupiera llamarse “generación literaria de posguerra”. ➔

REVISTA DE CULTURA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Sinesio López Jiménez
Director de la Biblioteca Nacional

Nelly Mac Kee de Maurial
Directora Técnica

Luis Valera Díaz
Editor

Diseño
ÍTACA

Centro de Investigaciones y Desarrollo Bibliotecológico
Delia Córdova Pintado

Diagramación: José Luis Portocarrero Blaha

Secretaría: María Elena Chachi Gambini

Coordinación: Enrique Arriola Requena

Las fotos de Washington Delgado que aparecen en éste número de *Libros & Artes* son propiedad del Instituto Raúl Porras Barrenechea, la familia Delgado y Herman Schwarz

© Biblioteca Nacional del Perú
Lima, 2003
Reservados todos los derechos.

Depósito Legal: 2002-2127
ISSN: 1683-6197

Biblioteca Nacional del Perú - Av. Abancay cuadra 4, Lima 1. Teléfono: 428-7690.
Fax: 427-7331 http://www.binape.gob.pe Correo electrónico: dn@binape.gob.pe

➤ Pero no es fácil embutirla dentro de fechas fijas. Pedro Henríquez Ureña, que usó el método generacional en *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1949), se auxilió con referentes aún más sutiles e impalpables: escuelas, influencias, corrientes, epígonos, tendencias. En el Perú también se la ha llamado, en modo alternativo, ‘generación del 45’ y Gutiérrez propuso una subdivisión en ‘promociones’, en 3 lustros que incluyen escritores nacidos entre 1920-35.

Aunque los años-límite pueden correrse un poco sin el menor estropicio, la fórmula suele incluir escritores que, venidos al mundo más o menos entre 1925-35, empezaron a producir en la década 1950-60. Como muestra del ovillo, si entresacamos tan sólo autores nacidos en el período 1927-30 hay que mentar por lo menos a los argentinos David Viñas, Adolfo Prieto, Adelaida Gigli, Andrés Rivera, Rodolfo Walsh, Darío Canton, Noe Jirik, los chilenos Alberto Rubio, Enrique Lihn, el colombiano Gabriel García Márquez, el costarricense Mora Salas, los cubanos Luis Marré, Roberto Fernández Retamar, Pablo Fernández, Fayad Jamis, los ecuatorianos Alicia Yáñez, Alfonso Valverde, los españoles José Agustín Goytisolo, Juan Benet, Rafael Sánchez Ferlosio, Carlos Barral, Jaime Ferrán, Jaime Gil de Biedma, el hondureño Roberto Sosa, los mexicanos Carlos Fuentes, Tomás Segovia, Eduardo Lizalde, Héctor Azar, los nicaragüenses Raúl Elvis, Fernando Soler, Eduardo Zepeda, Mario Cajina, los paraguayos Elvio Romero, Elsa Wiczell, José Luis Appleyard, el venezolano Salvador Garmendia ... Y, *last but not least*, los peruanos WASHINGTON DELGADO Tresierra, Felipe Buendía, Carlos Germán Belli, Francisco Bendezú Prieto, Carlos Eduardo Zavaleta Rivera, José Bonilla Amado, Leopoldo Chariarse, Juan Gonzalo Rose Gros, Pablo Macera Dall’Orso, Julio Ramón Ribeyro, Manuel Scorza, Alberto Escobar



Washington Delgado, 1993.

Sambrano, Pablo Guevara, Abelardo Oquendo, Luis Alberto Ratto, Lola Thorne ...

LETRAS PERUANAS Y JUEVES

Una generación literaria suele tomar impulso para el salto en un órgano de expresión más o menos de arrebatada y más o menos independiente, un vehículo que abra sitio y dé voz y difu-

Miró Quesada dio cabida a voces nuevas: W. Delgado, Zavaleta, Bendezú, Chariarse, Luis Alberto Ratto, Víctor Li Carrillo, Manuel Baquerizo, Tulio Carrasco, Raúl Deustua. Como en carrera de postas, en 1953 tomó el relevo una revista diminuta y heroica, *Jueves*, la tira plegadiza de Manuel Jesús Orbegoso, Edgardo Pérez Luna, W. Delgado, Carlos

El término de la segunda guerra en 1945, más que el fin de una época marca el inicio de una nueva. *Sub specie eternitatis* no hay soluciones de continuidad en la historia del hombre, que es incesante flujo e interacción entre cambio y permanencia. Mas en la posguerra, como tras una ruptura geológica, se inicia la mundialización de la historia (que poco tiene que

“Los provincianos toman a Lima por la garganta y la infatuada metrópoli, aunque los coopta y deglute, ya no volverá nunca a ser la misma. Y, como la parte refleja al todo, la briosa generación de los intelectuales del 50 incluye una cuota de provincianos harto más nutrida que en cualquier grupo anterior.”

sión a noveles que aún no han ganado nombre. Por el papel que jugaron son parientes la revista argentina *Contornos* (1953) de Ismael Viñas, la colombiana *Piedra y cielo*, la ibérica *Espadaña* (1944-51), la ecuatoriana *Madrugada* de Díaz Icaza o el padrinazgo de la Casa de las Américas en Cuba.

En la Lima de los 50 Luis Jaime Cisneros, espíritu amplio y generoso, acogía en *Mar del Sur* algunos textos primiciales de escritores jóvenes. Y *Letras peruanas* (1951-53), con el aliento cordial de Jorge Puccinelli y junto a contribuciones de Ciro Alegría, Arguedas o Paco

Castillo Ríos, Abelardo Oquendo, Vargas Vicuña, Hugo Bravo, Oswaldo Reynoso, Mario Castro Arenas, que también acogió poemas y cuentos de Romualdo Ratto, Pablo Guevara, Raúl Galdo Pagaza, Lola Thorne, Aníbal Portocarrero, Eduardo Quiroz, Efraín Miranda, Armando Robles Godoy, Jorge Bacacorso ... ¡En dos revistas limeñas, un tropel de autores de la generación literaria de que hablamos!

UN MUNDO COMPARTIDO: LA POSGUERRA

¿Qué compartió aquel grupo tan heterogéneo de escritores en cierne?

una caja de resonancia planetaria. Nadie queda al margen del acontecer mundial. La informática, que anula las distancias, fijará coetaneidades insólitas y ahorrará conductas colectivas hasta límites nunca imaginados.

En particular la década 1950-60 vive, como a sacudones, la primera fase de esos cambios críticos. Los grupos de decisión económica y política buscan estabilidad en organismos multinacionales *ad hoc* que se bautizan con siglas exóticas como ONU, FMI, NATO, FAO, CEE, COMECON, BIR y otras que casi nos ponen a todos a hablar en mayúsculas. En esos años de confrontación, en que los Estados Unidos prosiguen la cruzada fanática de Truman de “contención del comunismo a todo trance” y la Unión Soviética pugna febril por alcanzar los niveles económicos del rival, las tensiones de tan onerosa competencia pudieran condensarse en un clip televisivo de ideas-fuerza y figuras que se traslapan y mudan sin tregua.

Si la política, con su mal hábito, asume su rol de *prima donna*, en ese fantástico clip desfilarían en tropel agitados imágenes, una tras otra o simultáneas: triunfa en China la revolución de Mao, se independiza la India, guerra fría y McCarthy, pacto noratlántico, guerra de Corea, Mandela, resistencia en Sudáfrica, juicio de los Rosenberg, Rusia ya tiene bomba atómica, independencia de Libia, Mossadegh nacionaliza en Irán el petróleo, lo derriba la CIA, rebelión de los mau mau de Kenya, revolución y reforma agraria en Bolivia, muerte de Stalin, Nasser y la unión árabe, Ho Chi Minh humilla a Francia en Dien Bien Pu, Estados Unidos inventa un Vietnam del Sur, guerra de liberación en Argelia, Arbenz afecta en Guatemala los intereses de *United Fruit* y lo derrocan los polizontes de siempre, pacto de Varsovia, asamblea tercermundista en Bandung, Krushchev y desestalinización, Rusia aplasta la rebelión húngara, *sputnik* y carrera espacial, crisis del colonialismo en África, independencia de Túnez, Gana,

Malasia, Guinea, Tchad, Madagascar, Mali, Senegal, Mauritania, Dahomey, Níger, triunfa la revolución cubana con Castro y el Che, comienza el conflicto ruso-chino ...

El Perú, este pequeño y amado reducto *al pie del orbe*, al término de la guerra mundial goza la primavera democrática de Bustamante agostada por el cuartelazo de 1948. Sufre la farsesca 'bajada al llano' del general Odría y la burla electoral de 1950 y vive hasta 1956 una dictadura que se beneficia de la exportación de minerales por la guerra de Corea y mantiene a comunistas y apristas fuera de la ley. San Marcos, que entonces juega con intrepidez su rol de conciencia crítica del país, es un hervidero. Se suceden las huelgas y manifestaciones, los toques de queda, las detenciones. Y los tanques con hombres de uniforme rompen sus puertas un día. La universidad y la generación del 50 dan su cuota de exiliados: Oswaldo Jiménez Rojas, Ricardo Napurí, Luis Alberto Peláez a la Argentina, Paco Bendezú a Chile, Juan Pablo Chang a Panamá, Adalberto Fonkén no recuerdo a dónde, Carlos Delgado a Guatemala, José Luis Calvo al Brasil, Gustavo Valcárcel, Manuel Mejía Valera, Gonzalo Rose, Manuel Scorza a México. Conocen la prisión Aníbal Quijano, Raúl Peña, Ismael Frías, Carlos Howes, Alfonso Barrantes, Manuel Velázquez. Tornan los emigrados y en las agonías del odriato surgen nuevos partidos políticos bullentes: Demócrata Cristiano de Manuel Polar, Social Progresista de Augusto Salazar Bondy, Acción Popular de Fernando Belaúnde. Manuel Prado accede al poder y de inmediato devuelve el estatuto legal al Apra y las izquierdas.

Es la década ilusa del dogma rostoviano. Desarrollo, industrialización a todo dar, revolución verde, el sueño evanescente del *take off*, los grandes edificios de boato y coima, ministerios, unidades escolares, urbanizaciones, hospitales, carreteras. Pero, dejado a su suerte el agro, donde el gamonalismo reina impune, se pauperiza y

“Palermo nunca conoció cabeza. Fue tan mío como de decenas de miembros de la generación de los cincuenta, de amigos entrañables que respeto y no olvido. Todos éramos caballeros de mesa redonda en un perpetuo congreso de libertad de palabra, sin chairman, sin quórum establecido, sin balotas negras ni reglamento interno.”

despuebla el campo y las izquierdas se agitan. Hay invasión de tierras, cunde la migración y pululan las 'barriadas' citadinas, ese fenómeno coetáneo en Latinoamérica de las chabolas marginales, *villa miseria* bonaerense, *callampa* santiaguina, *favela* carioca. Los provincianos toman a Lima por la garganta y la infatuada metrópoli, aunque los coopta y deglute, ya no volverá nunca a ser la misma. Y, como la parte refleja al todo, la briosa generación de los intelectuales del 50 incluye una cuota de provincianos harto más nutrida que en cualquier grupo anterior.

Aquel escenario mundial, aquella experiencia peruana, como en el área común a los círculos intersectantes del conjunto de Wenn, son el mundo compartido por la generación de los 50. Para todo escritor, el medio en que está inmerso y las influencias de época configuran ese implante raigal que los alemanes llaman *Sitz im Leben* y que sustenta su obra. Visto que toda pieza de arte con-

juga la idiosincrasia del autor y la realidad externa, la generación literaria de los 50 camina por una doble vía, entre tradición y cambio.

LA NARRACIÓN

El relato sintoniza y absorbe pronto las nuevas técnicas narrativas del momento: monólogo interior, disloque de los tiempos, introspección, desdoblamiento de actantes, copresencia de pisos o niveles discursivos, *plots* secundarios o concurrentes. Hay cuentos logrados como de un tirón, vgr. alguno de Galdo Pagaza o el magnífico *Humo* de Ratto, que deja a todos esperando nuevas primicias. Pero es intensa la voluntad de innovar. Algo de ejercicio lúdico hay, por ejemplo, en los cuentos experimentales de *La batalla* (1954) o *Los Ingar* (1955) y *El Cristo Villenas* (1956) de Zavaleta, difusor de Joyce y Faulkner y autor de un estudio sobre el último (1959).

También hallan sitio los nuevos temas. La atmósfera social andina aún destila fuer-

za y turbulencia en *Ñabuín* (1953) de Vargas Vicuña y empapa la prosa cuentística de *Mala entraña* (1955) y *La Escalera* (1956) de Tulio Carrasco o la antología de *Narradores cuzqueños* (1958) de Rubén Sueldo Guevara. Pero van ganando protagonismo el *lumpen* y los problemas nuevos de la nueva urbe. Marginales, desarraigo del inmigrante, desempleo, pauperización y hacinamiento suburbanos son la materia prima en los relatos de Enrique Congrains Martín (*Lima, hora cero*, 1954) y de José Bonilla Amado (*La calle de las mesas tendidas*, 1957) y en algunos de Julio Ramón Ribeyro (*Los gallinazos sin plumas*, 1955), que pronto será, como más tarde Vargas Llosa, el narrador de las clases medias.

LA POESÍA

La poesía, en cambio, mantiene en curso y por más tiempo la onda lírica. Intimismo romántico y cuidado formal campean en *Los ríos de la noche* (1951) de

Chariarse, *Cartones del cielo y de la tierra* (1951) de Escobar, *El cuerpo que tú iluminas* (1951) de Romualdo, *Formas de la ausencia* (1955) y *Para vivir mañana* (1959) de Washington Delgado, *Agonía de amor* (1951), *Poesía* (1956) y *Hacia la ternura* (1957) de Quiroz Malca, *Las imprecaciones* (1955) y *Los adioses* (1958) de Scorza, *Los años de Bendezú*, *La luz armada* (1954) y *Cantos desde lejos* (1957) de Rose, *Retorno a la creatura* (1957) de Guevara. En el curso de la década, enriquece al *metiér* poético una cuota discola y valiente de prosaísmos, con giros y matices copiados de la oralidad cotidiana. Y, en algunos autores, hay un sesgo consciente hacia la temática social que ya anunciaban *De acero somos* (1950) de Oswaldo Jiménez Rojas o el *Canto a los mineros de Bolivia* (1953) de Scorza. El ejemplo más notable es el conjunto *Mar de fondo, España elemental y Poesía concreta*, de *Poesía* (1954), de Romualdo Valle, que tras la frase lúcida y gallarda –“¡a otra cosa!”– muda el hondo palpitar de *La torre de los alucinados* a otro latir no menos intenso, pero batallador y marcial. Más tarde, el W. Delgado de *Formas de la ausencia* se irá alejando de la inconsútil belleza de Salinas, del poema breve y reflexivo a lo Guillén y de la economía léxica de Prevert, por la vía que conduce hasta la sabia madurez final de su *Artidoro*.

¿ARTE PURO VERSUS ARTE SOCIAL?

Se ha dicho que la literatura de los 50 vivió el dilema 'arte por el arte' o 'realismo social'. En lo que concierne a poesía, se ubica a unos cuantos en la corriente de los *puros* en la línea de Sologuren y Eielson (vgr. Blanca Varela, Sebastián Salazar, José Ruiz Rosas, Bendezú, Chariarse, Belli) y se coloca unos cuantos en la fila de los *engagés* (vgr. Valcárcel, Scorza, Romualdo, Rose). Supongo que etiquetas así son de rigor en cualquier manual de historia literaria. Pero eso está más allá de mi alcance –y de mi intención. Como a vuelo de pájaro, veo que tales influjos ➤



Washington Delgado, Marco Martos y Lucha Delgado, 1972.

➔ coexisten en la generación literaria de los 50 y que no es difícil hallarlos, cabalgando juntos, en la obra poética de uno cualquiera de sus miembros. Pero creo que jamás llegan a ser modos excluyentes. Ni siquiera rivales. Bien está decir, como escribió Washington, que en la década siguiente ambas tendencias “se unen en un matrimonio no solamente natural sino también necesario”. Pase. Mas no es saludable cosificar personas y ponerlas en un lecho de Procusto. Ni empujar las cosas por un camino en bajada libre que concluya descubriendo, donde no los hubo, poetas ‘derechistas’ e ‘izquierdistas’, hallazgo ingenuo que cupiera castigar con la metafórica e incivil ironía de Nicanor Parra, el agudo antipoeta chileno: “las derechas y las izquierdas unidas, jamás serán vencidas”.

Enfrentar, al interior del grupo de los años 50, unos cuantos poetas dominicales y unos cuantos poetas de batalla es dramatizar fuera del *écran*. Y vale como insinuar, entre líneas, que el grueso de la generación hizo blanda literatura de vaivén y renunció a tomar posiciones. Nada más injusto que pintarlo todo en blanco y negro: la generación literaria de los 50 no prohijó puros ni maculados, asépticos ni fanáticos. Sus miembros no buscaron refugio en trincheras de artificio y aspiraban, si a algo en común, a ser auténticos. Pienso que la mayoría lo ha logrado.

Creo que por esos años, como ocurre con toda disyuntiva maniquea, purismo y realismo eran opciones de papel. Admito que la obra individual de cualquiera de los escritores de la década de los 50 exhibe cierta dosis de lejanía y cierta cuota de compromiso. Entre Borges y Sartre, dijéramos. O Hesse y Brecht, diría Washington. Pero siento que la oposición *torre de marfil-realismo* sólo es eco de un viejo y estéril debate sobre materias de lana caprina, vestido en ropaje académico y seductor. Antinomias de ese calibre, vgr. aislamiento-participación o poesía pura-poésia social, esquivan o en-

cubren otra antítesis más honda y perdurable, una que latía en el corazón bohemio, algo crédulo y algo escéptico, de la generación de los 50. Esa que en todo clima y tiempo, cambiados que sean los nombres y los ismos, embriaga y presta alas al artista que anhela trascender. Es, acaso, la eterna pulsión del ego frente al mundo, la virtud dolorosa del arco tendido para lanzar la flecha, la luminosa penumbra que separa la realidad y el ensueño, lo que hace posible el gesto apotropaico, a un tiempo humilde y soberbio, de crear el arte y la belleza y la poesía y la música que le permiten al hombre alzarse un instante sobre la tierra y, volando ya sin rumbo y sin agobio, escapar de su sombra y triunfar sobre su hermosa y triste finitud.

UN CAFÉ PARA UNA GENERACIÓN

“El café *Palermo*, institución bohemía, ha tenido tres etapas estelares en su historia: la primera que comienza en 1945, la segunda a partir de 1952 y la tercera que se inicia en 1963. Estas tres promociones de intelectuales están unidas por la amistad, por sus ideas de justicia y libertad social, por poseer, todos, un auténtico espíritu creador y

por expresar —siempre— su entrañable amor al Perú”.

(Tomo el resumen de la revista *Destino, revista de cultura*, año 1, número 3. Lima, noviembre 1963. Lo hizo Manuel Velázquez Rojas y nadie lo hará mejor. Tienta mover un poquitín alguna fecha, pero me quedo con el pasaje tal cual. Y me ocupo de la segunda etapa, que fue la mía.)

Se escribe para no estar solo, decía Mauriac. Tal vez la tertulia y la bohemia son armas legítimas contra la soledad. Por eso no hay bohemia literaria sin un café hospitalario. En la Lima de los 50, sin un *Palais concert* o un *Las camelias*, las tertulias se refugiaban —quizá según ‘cohortes’ o ‘fracciones de clase’ o ‘grupos de edad’, qué se yo— en los cafés *Zela*, *Versailles*, *Palermo*, *Negro Negro*, *El bueco en la pared*, *La llegada*. El grupo de *Letras peruanas* solía reunirse en *El patio*, un discreto restaurante en la calle Plazuela del teatro, bajo la guía amical de Puccinelli. A una de sus últimas reuniones llevé cierta noche para que leyese un cuento suyo a un arequipeño muy joven, un vivaz sanmarquino que poco antes me diera a conocer un par de relatos inéditos y promisorios. Fue poco cálida

la acogida y más bien áspero el concienzudo dictamen de algunos *letristas*, Escobar entre ellos. Pero, felizmente y por lo que se vio después, no duró mucho el fugaz desaliento del novel escritor Mario Vargas Llosa.

Por 1952 el bar *Palermo*, tan cercano a la Universidad de San Marcos, fungía de anexo informal de la Casona. Las charlas de banca en el viejo claustro solían, de cuando en cuando, proseguir en las mesitas del café. En el Patio de Letras abierto a los cuatro vientos, en las horas entre clase y clase muchachos parlones y chicas vivarachas poblaban corredores y decoraban, festivos, la pila central. A los corrillos sanmarquinos acudían, más que una y otra vez, algunos estudiantes de literatura de la otra universidad limeña, la Católica, entre ellos Manuel Baquerizo o Washington Delgado.

Cierto es que el Patio de Letras era más popular que *Palermo*. Ya la promoción sanmarquina de 1945, la de la Reforma, hizo del Patio una asignatura extracurricular, suerte de tribuna libre o pequeño Hyde Park de bolsillo. Y, mejor aún, no había que pagar consumo. Pero, con todo en contra, daba la lucha el bar *Palermo* y

poco a poco, como quien lleva a casa parte de la tarea inconclusa, se fue haciendo un hábito cotidiano trasladar a *Palermo* la solución oral de los tremendos problemas que afligían al Perú y al mundo.

(“*Los estudiantes jóvenes discutían / acerca del país*”, ha escrito Washington en su *Historia de Artidoro*.)

LA BOHEMIA DE PALERMO

Fue original esa bohemia nocturna. No licor —bueno, *casi, casi* no licor. No drogas. Eso sí, gaseosas, mucho café, mucho fumar, mucho hablar. En horas de la noche se dialogaba con pasión y desparpajo sobre el último autor leído, Hesse, Kafka, Russell, Borges, Camus, Roa Bastos, Çaillois, Proust, Mariátegui, Icaza, Joyce, Rulfo, Mann, Malraux, Arguedas, Sartre.

(Y, es de notar, los gustos literarios que calan en una generación se reflejan cristalinamente en sus lecturas tempranas. Cuando asediaba a los miembros del ‘Conversatorio’, Porrás, Basadre, Sánchez, Abastos para conocer sus autores de juventud, removiendo el rescoldo de entusiasmos antiguos me hablaban de Anatole France, Palma, Rodó, Istrati, Eça de Queiroz, Valery Larbaud, Díaz Mirón, Chocano, Spengler, Pérez Galdós, Vasconcelos, Barbusse, Zamacois ... Y del divino Rubén, el cisne intemporal. ¡Qué vuelco el de las lecturas juveniles de la generación de los 50!)

Se comentaba en la peña palermita la última serie de *Populibros* que, a imitación de los textos de la *Biblioteca enciclopédica popular* del gobierno de México (¡25 centavos el volumen!), introdujo Scorza con notable éxito comercial en el Perú. O se sometía a autopsia *in vivo* la última película en cartelera, como cierta vez que el persuasivo Zavaleta nos demostraba por qué era un ‘acto gratuito’ —ajeno a la estructura de conjunto— la escena final de *El salario del miedo* de Clouzot. Y siempre hubo tela que cortar. Era la década de *Los olvidados* de Buñuel, *Y se hizo justicia* de Cayatte, *Milagro en*



Washington Delgado y Leopoldo Chariarse, 1961.

Milán de de Sicca, *Rashomon* y *Los siete samurai* de Kurosawa, *La strada* de Fellini, *Pasaron las grullas* de Kalatosov, *La dolce vita* de Fellini, *Les amants* de Malle, *Orfeo negro* de Camus, *Al Este del paraíso* de Kazan, *Los 400 golpes* de Truffaut, *Hiroshima* de Resnais.

Se hacía chirigota de la más reciente majadería del odriismo. O de cualquier truculenta maniobra del Congreso pradista. Se hablaba de una exposición en el Museo de Arte Italiano o la colección itinerante de pintura mexicana, con originales de Rivera, Orozco, Siqueiros, Tamayo. Se discutía sobre quién sí y quien no en el equipo nacional de fútbol, en vísperas de un *match* importante. Se aplaudía el cuento o el ensayo recogido en el suplemento dominical de *El Comercio*, algo así como el ‘trampolín para la fama’, en que hacían pininos Antonio Maurial, Vargas Vicuña, Macera, Zavaleta, Pérez Luna. Se analizaba la última noticia sobre Vietnam, Argelia o China y se aventuraba pronósticos que rara vez se cumplían. Se informaba del próximo concierto en el Campo de Marte o en el teatro Municipal, en años en que visitaron el país Badura-Skoda, Brendel, Stravinsky, Arrau, Solomon, Kleiber, Rubinstein, Elman, Szigeti o las marionetas de Salzburgo. Iban y venían —a veces, sólo iban— libros en préstamo cruzado y se festejaba con calor, como si fuese una hazaña colectiva del clan, el pequeño volumen primerizo de cuentos o poemas, fresco aún de tinta, de alguno de los hábitos (y aún conservo 3 ó 4 ejemplares de *Formas de la ausencia*, de Wáshington, de los que nos repartíamos para ayudar a su venta). Y *Palermo* devino albergue de un cenáculo variopinto y cambiante, que sesionaba noche a noche sin agenda, sin orden del día, sin cortapisa ni vetos.

Me contó el pintor Ricardo Grau que, al preguntarle a Raúl Porras por qué su secretario y ayudante en la cátedra nunca iba a su tertulia mirafloresina de la *Pizzeria*, el maestro le dijo: “No, Aranibar tiene su *Palermo*”. Sí.



Washington Delgado, 1975.

Pero *Palermo* nunca conoció cabeza. Fue tan mío como de decenas de miembros de la generación de los cincuenta, de amigos entrañables que respeto y no olvido. Todos éramos caballeros de mesa redonda en un perpetuo congreso de libertad de palabra, sin *chairman*, sin quórum establecido, sin balotas negras ni reglamento interno. Y, como el utópi-

algun artista de provincia que, a su paso por Lima, se acercaba al grupo y se confundía con él sin más trámite. Hubo palermitas de todo cuño: el despistado de un par de noches, el curioso de ocho o diez días, el asiduo de unos pocos meses, el adicto de unos cuantos años.

Alguien, tal vez, evocará la frase malévola: No están todos los que son ni son to-

y estimulante placer de la reunión misma. Si alguien se hubiese preguntado por la razón última de estos lances de fantasía en borbotones, como ese inquisitivo Bergeret del *Crainquerville*, se hubiese cegado el manantial. Así *Palermo*, como por simple evolución, llegó a ser una casa de jabonero en la que, calculo, en algún momento cayeron o resbalaron ocho o

“El café Palermo, institución bohemia, ha tenido tres etapas estelares en su historia: la primera que comienza en 1945, la segunda a partir de 1952 y la tercera que se inicia en 1963. Estas tres promociones de intelectuales están unidas por la amistad, por sus ideas de justicia y libertad social, por poseer, todos, un auténtico espíritu creador y por expresar —siempre— su entrañable amor al Perú”.

co grupo del *Babel* de Miguel Gutiérrez, nos hubiera parecido una broma tonta el imaginar, si quiera, que necesitábamos un jefe.

En el núcleo, si cabe tal cosa, un puñado de fieles que iba cambiando en los años: Wáshington, Quijano, Vargas Vicuña, Reynoso, Bravo, Velázquez, Franco, Ponce, Portocarrero. Y, en el contorno, un *cluster* aún más amorfo y movedizo, que se renovaba sin pausa. Hubo residentes y estantes, transeúntes y turistas. En club así libérrimo la afiliación era como de primer contacto. Solía llegar cualquier día

dos los que están. Pero *Palermo* nunca fue emblema de generación alguna ni pretendió ser su resumen, porque a una generación no la encierran, así no más, en las cuatro paredes de un café. No fueron palermitas —y sí grandes amigos— escritores de primera línea como Bendejú, Blanca Varela, Rose, Belli, Salazar, Solloguren ... *Palermo* fue, más bien, un lugar de encuentro como en familia, donde a veces coincidir y discrepar parecían sinónimos, proteico y domesticado rincón donde un bizarro grupo de amigos se reunía por el libre

nueve de cada diez autores de la generación literaria de los 50.

IMÁGENES, IMÁGENES

Decía Silvina Ocampo que el joven debe acumular recuerdos para la vejez. El consejo es sabio y superfluo (*“Años de juventud que uno recuerda / cuando ya se acabó la juventud”*, dice *Artidoro*). La memoria graba mejor las gentes que las cronologías y cuando se agolpan en tumulto visiones de ayer es, como diría Onetti, porque ya no tiene importancia ordenarlas por fechas. ¡Qué calei-

doscopio éste del *Palermo* que evoco a medio siglo de las cosas!

Oigo a Oswaldo Jimeno disertar con gula verbal y devoción sobre Lloyd Wright, Niemeyer, Gaudí. Veo a Esperanza Ruiz, cuyo talento no cabe ocultar. A Alfredo Ponce, con bajo el brazo el último libro de psicología llegado a las librerías de Ojeda o Mejía Baca. A Antonio Peña, devoto de Bach y ya enrumbado en sus lecturas de filosofía medieval. César Castro nos habla de los matemáticos de Bourbaki y en su destartado carrito improvisamos excursiones nocturnas con, entre otros, Federico Kauffmann, vuelto de Estados Unidos y graduado en arqueología *cum laude*. Humberto Ghersi, el primer doctor en etnología en el Perú. Sarina Helfgott, floral, sensitiva y frágil. Tulio Carrasco observa todo, cortés y flemático. El temible Perucho Buckingham, del perfil a lo Barrymore y, como siempre, sediento como un lord inglés. Raúl Galdo, suave en las formas, socarrón y cáustico en todo lo demás. Nícida Coronado, hecha alborozo y música. Pablo Macera, que estrena a cada paso lecturas e ironías lapidarias y frases coruscantes. Perico Ortiz, plácido como un remanso envidiable. Hugo Bravo, lector voraz, erudito en cine, protestón y de vena jocunda. Evalina Galloso, del suave rostro y la cabellera botticellesca. Aníbal Quijano, el más versado en marxismo y otras cosas, discute sobre Goethe, nos cuenta de sus hallazgos en los papeles del Archivo de Hacienda sobre la esclavitud negra en el siglo XVI o nos lee poemas de Mirko Lauer, un su alumneto precoz del colegio *Franco-peruano*.

Un día, cuando en una mesa próxima toman un café Raúl Porras y el antropólogo argentino Márquez Miranda, que acaba de dictar una conferencia en la Casona, entra Vargas Vicuña con su estentóreo grito de batalla ¡Viva la vida, c ...! Demetrio Quiroz Malca, algo achispado, con sus inverosímiles mostachos ➔

➔ a lo Pancho Villa, gesticula en el aire como husmeando el rastro de “la palabra sencilla” que le obsede. Muy tarde, con su desteñido folder en las manos y su bamboleo de oso agreste, llega Víctor Humareda (‘Aquiles Troyan’ es su nombre de pluma en las caricaturas al carbón que hace en horas y rincones sombríos), a quien embelesa el juego de acertijos de Bar Kokba y con quien hacemos largas caminatas al filo de la medianoche, primero hasta el Rímac, donde vive Velázquez y luego hasta el asfixiante cuchitril donde bajo un camastro guarda enrollados y a medio hacer sus óleos, en un hotelucho gris de La Victoria. Y cierta noche Pablo Guevara nos deslumbra para siempre al leernos *Mi padre. Un zapatero*, ese bellissimo poema que alinea, sin desmedro, con el *Acuérdate de mí* de Salaverry, con *El hermano ausente* de Valdelomar o con *La cena miserable* de Vallejo ...

(“Los recuerdos se posan en la mesa”. “Además, son tan frágiles las memorias humanas...”)

En cualquier momento alguien obtenía un *Premio nacional de fomento de la cultura* (¡qué fácil para esos escritores de los 50 ganar premios nacionales!), que cobraba tarde, mal y nunca. O viajaba al extranjero con una exigua beca del *Instituto de cultura hispánica* o con otra, esa sí suculenta, la *Javier Prado* del Banco Popular. Y, tras algunos años en Europa, a su regreso visitaba al grupo. Como Escobar, Guevara, Raúl Peña, Echeandía, Víctor Li o Wáshington. Y era tan sencillo el reencuentro, como si en la clepsidra mágica de los palermitas unos pocos años durasen apenas lo que duran unos pocos días en el calendario profano.

EN CASA DE WASHINGTON

Casi al final de la década de los 50, luego de 3 ó 4 años de ausencia volvió Wáshington de Europa. Algunos amigos, con mayor frecuencia Vargas Vicuña, Bravo, Guevara, Quijano, solíamos visitarlo en su casa de la avenida Iquitos, en La Victoria. Vivía con su madre, protectora y solícita, algo absorben-



Washington Delgado, 1993.

te quizá, que había poblado su acogedora salita con una vistosa colección de adornos y miniaturas de formas y colores fascinantes. Eran de verse las menudas figulinas y las fantasías de madera y porcelana: reyecitos de cuento, bolas de cristal irisadas, Caperucitas y Rapunzeles diminutas, animalillos de cerámica, suerte de cálido *bric-à-*

otras iguales, cada una de menor tamaño, como en el juego de cajuelas chinas—aún la conservo, la estoy mirando ahora.

Creo que ya habíamos aprendido a hablar algo menos de lo que no sabíamos. Con todo, aún seguíamos cruzando lecturas como mandarines, jugando al ajedrez como rusos, fumando

parecían, más que el sedimento de los años, un rasgo ingénito y casi una vocación.

Era el tiempo de los poemas de *Canción española* y *Para vivir mañana* y más de una vez nos anticipaba algunas muestras. O, con su gracejo peculiar y cortando las frases con una risita breve y explosiva, nos contaba de sus andares

“Sé que al final lo que hicimos o dejamos de hacer, lo que hablamos y lo que callamos, ha de yacer bajo una tierra leve, la tierra del olvido. Pero a veces pienso que no habrá fin final mientras haya alguien que, hojeando un poemario, repita y haga suya una línea de verso.

Una sola, siquiera. Por la palabra vive el hombre, por la palabra vence al tiempo.”

brac que uno no se cansaba de mirar. Atenta y generosa, nos invitaba un café humeante o un chocolate casero y panecillos y se alejaba, prudente, dejándonos platicar a discreción.

Para cada uno de los amigos trajo Wáshington algún *souvenir*, que nos entregaba con sencillez y bromeando. Me obsequió un par de corbatas españolas y al dárme las hablaba de cualquier otra cosa. Y una delicada *matreshka* rusa, una de esas coloridas muñecas de olorosa madera de abedul que encierran en su interior

como turcos, ideando *calembours* como franceses o inventando torpes concursos de ingenio como jubitados. Washington, que fue profesor de lengua en 1953 en *La Cantuta* de Chosica, enseñaba en la Escuela de Bibliotecarios y en el Instituto Nacional de Teatro. Aún no se había incorporado a la docencia sanmarquina, que poco después lo ganó para siempre. Pero ya lo iba rodeando un aura de maestro cordial y lucía una extraña madurez *sui generis*, una bondad y una calma seguridad interior que en él

europeos, de la legendaria pereza española o de su furtiva escapada a los países de la Europa oriental en tiempos en que el ‘mundo libre’ execraba el viaje a Rusia. Era notable su capacidad de condensar sus juicios y juzgar las cosas con profundidad y mesura, con un tono involuntario de mentor, sencillo y ajeno a toda solemnidad. Corrían las horas y a menudo nos íbamos a un café cercano para prolongar un poco la charla, como si no quisiéramos abdicar de la costumbre palermita de trucidarlo todo con palabras.

Y en su momento debido, no antes ni después, llegó la diáspora. *Every man his burden*. Matrimonio, tesis, docencia, incremento de carga laboral, hijos, viaje, cansancio, cada uno a lo suyo. Aunque parecía desgranarse el *cluster*, nunca faltó en la peña palermita un reemplazo idóneo por cada desertor. Hugo Bravo, Manuel Velázquez, que sacaba a pulso la pequeña revista *Destino* (1963), pudieran contarnos la historia de esa última etapa. Y lo podrían hacer, también, los muchos escritores de las promociones de relevo—Miguel Gutiérrez, por ejemplo—que se acercaban ávidos a *Palermo* y a su filial en el *Versalles* para recoger de manos de los mayores, en especial de Wáshington, la tea que no se extingue, para hacerla brillar con los mismos destellos y fulgores de luz con que lo hicieran años atrás los de la guardia vieja.

(“¿Para qué decir más?” *Artídero*)

WASHINGTON EN EL COLEGIO

Desde 1948 trabajé unos años en el Museo de Pueblo Libre, el de Julio Tello. De vez en cuando aparecía por ahí Wáshington. Nos convidábamos un café y una butifarra en la bodeguita *Queirolo*, regentada por Natalio Simonini, un italiano algo subido de peso y cantarín que metía baza para hablar, a propósito de cualquier tema, de sus gloriosos Verdi y Caruso.

En realidad, Wáshington iba a visitar a su padre, conservador del Museo de Historia, contiguo al arqueológico. Juan José Delgado, museólogo desde los años 30, era hombre informado, inteligente y algo severo, más bien de poco hablar y de menos reír. Apreciaba mucho al hijo, pero ya eran vidas independientes (“... *comenzó el poema / en sus años de infancia, a escondidas / de un padre adusto y una madre / vencida...*”). Así, pues, Wáshington se acercaba a verme como al paso, por la mera cercanía. Y, quizá, porque me sintiera casi como un amigo de colegio.

Digo *casi*, porque nunca fuimos condiscípulos. Nos conocimos en el *Anglo Perua-*

no, donde estudiamos en grados distintos, cuando conocí a Paco Carrillo, de un aula superior. Compartimos profesores: el director escocés Neil Mc Kay, Estuardo Núñez, Raúl Porras, Eloy Vega, Walter Peñaloza. Algunas veces en los minutos del recreo Washington y un par de compañeritos, como él tímidos y como él preguntones, se acercaban al grupo de los mayores, Pedro Álvarez del Villar, Luis Felipe Angell, Carlos Odiaga, Jorge Ráez, que solíamos burlarnos de nosotros mismos en ovillos o letrillas satíricas y cuartetas de escansión horrenda – pero nunca hubo rival para el decimista Angell, el futuro ‘Sofocleto’. O pontificábamos impunes sobre Manrique, Chocano, Lope, Vallejo, Palma, Campoamor, Pardo y Aliaga, Tirso, Juan de Arona. Y sobre literatura *tout court*. Yo era de la *house* Douglas, creo que Washington de la casa rival Mc Gregor. Y juntos, bajo la señora tutoría de Peñaloza, *master* de la casa Douglas, escogíamos libros para renovar la biblioteca del colegio, revisando catálogos deslumbrantes de las editoras argentinas Sopena, Tor, Lozada.

Cuando asumí la dirección de *Leader*, la revista escolar, busqué colaboraciones aquí y allá. Conseguí una jocosa crónica de viaje de Pedro Álvarez, futuro director de revistas limeñas, periodista notable y jefe de redacción de *El Nacional* de México. Recuerdo así mismo un cuento afrancesado de Hernán González Fermini, de tema bélico. Y una *Carta abierta*, de Altón Tulma.

Tal el anagrama que echaron a vuelo dos alumnitos. Unieron la sílaba inicial del nombre de uno de ellos y la última del nombre del otro: Alberto Cuadros, Washington Delgado. Menos eufónico, ‘Tulma’ era un feo híbrido de sus autores predilectos: Abelardo Gamarra “el Tunante” y el tradicionalista Ricardo Palma. Se exaltaba la ‘vena satírica’ y la ‘gracia jocunda’ de ambos escritores, paladines del ‘criollismo’ y de la obra de crítica social y se aludía con desdén al poeta romántico Luis Ben-

jamín Cisneros y a las “frases rimbombantes” de José Santos Chocano. Yo concluí mi secundaria en ese tiempo. Pero sé que en el siguiente número de *Leader* un tal Dalver lanzó una *Respuesta a la Carta abierta*, un tanto agresiva y que, a su turno, motivó una réplica de Altón Tulma, *Razones de una sinrazón*, más apasionada que justa, que insistía en lo dicho y descalificaba de plano a Chocano y el modernismo entero, “extraño movimiento literario que en América no tiene ninguna raigambre social”. Etc.

UNA ANTIGUA NOSTALGIA

Creo que fue Azorín quien habló de “la nostalgia de la otra orilla”. Se me ocurre pensar que quizá el tímido adolescente, ya con a cuestas una íntima ternura que nunca perdió, sensitivo y aún no refugiado en sí mismo, ansiaba una literatura de placer y de júbilo, hecha de euforia y certidumbre. Si así fue, se entiende que la festiva jovialidad e ironía palminas y las tiradas costumbristas del Tunante en son de crítica social, burlona y ágil, le cautivaran como cautiva siempre lo que más se anhela. Como decir, en charada: ya leí cosas tristes, ahora quiero a Rabelais. “On n’aime que ce qu’on ne possède pas”, dice Proust.

(“*Tal vez Artidoro comen-zó el poema / en los años de infancia ... cuando la injusticia / entró en su casa y nadie / pudo desterrarla, ni el domingo / ni los días de fiesta*”).

Tal vez las cosas fueron de otro modo. No lo sé. Ni importa mucho adivinar lo que el tiempo se lleva.

(“*Al final el invierno / llega pausadamente para cubrirlo todo / con desamor y olvido*”)

Pero hace tiempo sé que Washington fue, es, un gran poeta. Es decir, un mago que fabrica esas voces secretas y de extraño prestigio que mudan la soledad y la melancolía en belleza y en fulgor, esos acordes y trozos de música verbal que, chocando entre sí, desprenden lascas que estallan en chispas de bondad y arrobos capaces de derrotar al tiempo. Tal vez, como creía Baudelaire, el ge-

nio poético es el esfuerzo por recuperar la infancia. Y su milagro inaudito es trasfigurarla, como en un sueño, en el reino intemporal en que no caducan el verso ni su música (“*Pasa el tiempo, también la vida pasa, / las palabras persisten ...*”). Como en su taciturna *Elegía* a Pedro Salinas, burilada en ausencia y penumbra, le decimos a Washington: “*Ya nadie te despoja / de la pura palabra en que vivías*”.

Hace muchos años, hablando de la vejez me dijo Raco: “Lo triste es que uno se va quedando solo”. Yo lo veía siempre jovial, optimista, rodeado del afecto de sus familiares. No lo entendí. Ahora sé que todos morimos a plazos, que al irse un ser querido nos despoja de todo lo que un tiempo compartimos, que cada amigo que se marcha se lleva, estrujándolo, un trozo de nuestra propia vida. Sé que al final lo que hicimos o dejamos de hacer, lo que hablamos y lo que callamos, ha de yacer “*bajo una tierra leve, la tierra del olvido*”. Pero a veces pienso que no habrá fin final mientras haya alguien que, hojeando un poemario, repita y haga suya una línea de verso. Una sola, siquiera. Por la palabra vive el hombre, por la palabra vence al tiempo.

(“*Mientras la historia humana pasa / yo escribo estas palabras ... / yo combato a la muerte, día a día*”)

Y, escéptico sin remedio como soy, en tales momentos casi imagino que en algún rincón soñado que no colinda con el espacio, más allá de *las penas y las furias*, quizá al borde del tiempo, hay un pugnaz *Palermo* acogedor y tibio que espera a los viejos hábitos. Me figuro que van llegando las sombras ausentes, el hermano Edgardo, el hermano Raúl, Pepe, Fernando, Juan Gonzalo, Julio Ramón, Manuel, Víctor, Pedro, Eleodoro ... Y que uno de ellos, el hermano Washington, como nunca ingravido, como siempre corazon de cristal, retoma el hilo mágico e inútil de la quebrada tertulia, nos mira dulcemente y, calmo y sencillo, rompe el silencio y a media voz musita: “Como decíamos ayer ...” ■

RÉQUIEM POR UN POETA

Antonio Cisneros

Se nos ha muerto Washington Delgado, gran maestro y poeta mayor. Si parece mentira. Hasta hace una semana, nada más, yo lo veía por las calles del barrio en Miraflores. Ágil, señorial, pintiparado. Qué bien se le ve al gordo (que, dicho sea de paso, ya de gordo no tenía nada). Qué bien que se le ve. Un derrame masivo cerebral, un accidente del que nadie está libre, terminó con su vida al borde de cumplir 75. Un dolor de cabeza y entró en coma. Llanto y dolor de los sobrevivientes.

Lo conocí en 1960. Yo acababa de ingresar a Letras de la Católica y Washington era mi profesor. Aunque pronto, el joven profesor dejó la posta al brillante maestro y al amigo. Y empecé a frecuentarlo en ese departamento de la avenida Iquitos. Con el tiempo y las aguas, ya en su casa de José Leal, nuestra amistad se hizo más compacta y su sabiduría, única y generosa, se convirtió en el pan de cada día. Era virtuoso pero nada solemne, era un gordo sibarita y socarrón. Nadie como él gozaba con los libros. Y ninguno como él, despertó mi entusiasmo por la buena lectura. La lite-

ratura, al fin y al cabo, era un refocilarse placentero y no una acartonada erudición.

A veces, los jóvenes poetas me preguntan (y se preguntan) si es que vale la pena lo que están escribiendo. No sé qué contestar. Un balbuceo torpe y unas vagas recomendaciones son, a menudo, mis maltrechas respuestas. Qué diferencia con el poeta Washington Delgado, maestro de maestros. Todavía me recuerdo muchachón, como si fuera ayer, entusiasmado con las charlas nocturnales en su casa o en algún cafetín de mediodía. Ningún tema, por cierto, le era ajeno. Amén del trato con libros y escritores, las tertulias versaban sobre cine o fútbol o política o, algunas veces, sin ser una excepción, sobre el lomo saltado o la gallina con ajonjolí. Era un hombre muy bondadoso. Cosa que me animaba, en ciertas ocasiones, a solicitarle una opinión sobre mis versos. Entonces, sin hacerse de rogar, leía y releía los poemas imberbes. Y luego, sugería o celebraba. Siempre de buen talante, talante contagioso como su fe en ese animalito que, a veces, llamamos poesía y su indomable alegría de vivir. ■

